Tardes de té con Elena

Charlas con Elena Poniatowska en Chimalistac

GUSTAVO BORGES ESPINOSA

EDITORIAL TERRACOTA

Índice

Prólogo. Gustavo Borges, el conversador
Pedro Ángel Palou 11

Agradecimientos 13

1. Ceremonia del té 17
2. Viaje a la semilla 21
3. Tarjeta de presentación 25
4. La música de las palabras 29
5. Pena de amor 33
6. Instintos felinos 37
7. La primera verdad 41
8. Una monja polaca 45
9. La vida de los otros 49
10. Primera mentira 55
11. Verdades amargas 59
12. Vargas Llosa: Los puntos sobre las íes 63
13. Elena y el fin del mito 67
14. El pájaro en el árbol 71
15. El hombre del piolet 75
16. Las cartas del poeta 79
17. La segunda vida del astrónomo 83
18. Pasión sideral 87
19. Amor de mujer 91

20. Pájaros en vuelo 95
21. Galería de mujeres 101
22. Las ciudades visibles 107
23. El nido 111
24. Tía de fuego 117
25. La viuda del capitán 121
26. Tlatelolco: La noche más negra 125
27. A la orilla del San Juan 131
28. En el lomo de una oca 135
29. La princesa y la periodista 139
30. La pulsera del héroe 143
31. El testigo 147
32. Activista de nada 151
33. El niño eterno de la literatura 157
34. Cuando la víbora pica 161
35. Una atleta en silencio 165
36. Escuchas de las jacarandas 169
37. Mujer vestida de blanco 173
38. Flores de Chimalistac 179
39. Las escrituras sagradas 183
40. Las prófugas de la licuadora 187
41. Cómplice del viaje 191
42. Heraldos de los perdedores 195
43. A los pies del rey triste 201
44. Hechizada 205
45. Suena el xilófono 209
46. Personaje de novela 215

Bibliografía 219

Acerca del autor 223

4. La música de las palabras

Uno de los recuerdos más dulces de la niña Elena Poniatowska está relacionado con un atardecer parisino de los años treinta, cuando sus manos, transparentes como el papel de china, se posaron encima de las de su padre y juntos interpretaron al piano alguna joya de Chopin.

Años antes de sacar su lado duro como piloto en la Segunda Guerra Mundial, el príncipe Jean Poniatowski asumió la felicidad concentrado en los actos sencillos, como el de acomodar en sus piernas a la mayor de sus dos hijas y con ella interpretar un concierto a cuatro manos.

"Yo era pequeña. Mi padre me sentaba en sus rodillas, ponía mis manos encima de las suyas. Presumida, sentía que era yo la que tocaba", recuerda la escritora muchos años después.

Interpretaban a Chopin y piezas escritas por el papá, que abrieron a la niña un mundo de posibilidades, agrandado cuando llegó a México, donde estudió en la academia de la profesora Belén Pérez Gavilán, en las calles de Liverpool y Dinamarca. En esa escuela se hizo virtuosa del piano con el método creado por el compositor austríaco Carl Czerny, maestro del portentoso Franz Liszt, su compatriota Sthepen Heller y el alemán Theodor Kullak, entre otros.

En *El amante polaco*, su última novela antes de cumplir noventa años, Elena recordó que el genio francés Claude Debussy fue amigo del abuelo André y se preguntó quién de su familia habrá conservado las cartas que le escribió. "Poder

imaginar a Debussy en la rue Berton frente al piano Pleyel me llena de gusto. A veces escucho una sola nota, como en *L'après midi d'un faune*, otras suben por mi pecho acordes que son olas. *La mer* invade mis mañanas en Chimalistac", escribió Poniatowska en la parte testimonial que cierra el capítulo 52.

No es casual que mucho tiempo después de los años parisinos, Elena haya asumido el oficio de juntar palabras de manera musical. Inspirada en Debussy y en otros franceses, Poniatowska cuidó la melodía de su prosa. Se hizo de un estilo que si bien es directo, está plagado de frases que suenan como arpegios de guitarra. Releer sus libros es asistir a una catarata de expresiones poéticas creadas como notas para piano. De su abuelo paterno dice que tenía bigotes colgados y entrecanos, de su abuela materna elogió los ojos amarillos de gato que miraban bonito. Para ella las rosas se ven bien en la penumbra, como las mujeres que al atardecer, a la luz de las lámparas, ganan en color y en aroma. Hasta al referirse a un asunto tan árido como la violencia, Elena es capaz de expresar belleza. Desea que los matones del hampa mexicana tengan la misma grandeza que los de Dostoievski y de uno de sus antepasados asegura que tuvo una severidad de fraile latinista.

Sus entrevistados tienen una hermosa cabeza greco-latina, una sabiduría de quien regresa de muchas cosas, una mirada de quien va al matadero o, a la manera del monje ruso Rasputín, alguno posee un encanto sexual irresistible y está a mitad del camino entre la santidad y la herejía.

"Va por la vida vestida de sinceridad, lleva un gran sombrero de amor por los demás y le brillan por todas partes joyas y niños de alegría, de esa alegría suya que va repartiendo en todas partes, como si fuera confeti de felicidad", escribió Elena sobre la poeta Rosario Sansores, en *Excélsior*, en marzo de 1954.

De joven Elena fue bastante musical. Además de en la regadera, solía cantar en familia algunos éxitos de la radio.

—A mí me encanta la música, también la romántica. Carlos Monsiváis y yo fuimos juntos a ver a Juan Gabriel, mi

5. Pena de amor

Elena Poniatowska vivió su primera pena de amor en el transatlántico *Marqués de Comillas* en la primavera de 1942. En la cubierta del buque un niño de pantalón corto y calcetas hasta las rodillas le hizo ojitos durante cuatro días y más tarde la olvidó.

Cuando lo vio, le faltaban algunas semanas para cumplir diez años. Era inocente, pero le gustó la sensación de sentirse observada bajo el sol en el vapor de líneas clásicas, proa recta y popa redonda que los llevó de Bilbao a La Habana.

"Me lo encontraba cada vez que subía o bajaba las escaleras. Ya ve que los barcos son como una casa grande. Yo recorría las escaleras y ese niño me perseguía. Su padre hacía cintas para escribir a máquina", recuerda la novelista.

Años después, en su novela *La Flor de Lis*, Poniatowska recreó la historia y la puso a salvo en el reino de la literatura. En el libro, Mariana, *alter ego* de la mexicana nacida en Francia, juega con unos aros en la cubierta y de repente una voz la interrumpe.

—¿Cómo te llamas?

—¿Mariana, y tú?

—Miguel Kores.

El diálogo es ficción porque Elena no recuerda el nombre del chico, ni su cara ni si era guapo. A sus noventa y dos años lo mantiene en su mente, bañado con el barniz de lo irreal que hace eternos los amores que nunca se besaron.

Al cuarto día la nena de ojos azules que se movía como libélula a lo ancho de los diecisiete metros de la cubierta, se percató de que ya no era asediada. Entonces sintió la punzada en la boca del estómago que producen las pasiones no correspondidas. Desconsolada le preguntó a su madre si de eso se trataba el amor.

El *Marqués de Comillas* fue para Elena y Sofía lo que *La Pinta*, *La Niña* y la *Santa María* para Cristóbal Colón, el descubrimiento de un Nuevo Mundo. El almirante hizo el viaje en 1492; las hermanas nacidas en París cambiaron de lugar el cuatro y el nueve. Se aparecieron en América en 1942.

Aquel año al escritor Ernest Hemingway le dio por rastrear la costa norte de Cuba, entre Pinar del Río y Camagüey, en busca de submarinos alemanes. Cuenta el periodista habanero Norberto Fuentes en su libro *Hemingway en Cuba* que la idea del novelista era capturar algún barco del Tercer Reich, de los activos en el Caribe, para hacerse de sus claves secretas. La niña Elena, su madre y su hermana, no lo supieron nunca, pero el *Marqués de Comillas* estuvo involucrado en el espionaje nazi de la Segunda Guerra Mundial. Informes del FBI publicados tiempo después revelaron que el barbero de la embarcación, Valeriano Peña, era agente de Hitler y llegó a reclutar a un pastor vasco, quien resultó ser un agente doble. Como sucede con muchos pasajes de la vida de Hemingway, las historias se desdibujan entre lo real y lo inventado. Una leyenda no confirmada, cuenta que Estados Unidos hundió un submarino alemán gracias a información del Premio Nobel de 1954. Más creíble, porque fue publicado por diarios de la época, es el dato según el cual, el 9 de diciembre de 1942 Hemingway acusó a la tripulación del *Marqués de Comillas* de abastecer a un sumergible en altamar. Los estadounidenses pasaron el dato a la policía cubana, que interrogó a los que llegaron al puerto, pero ni oficiales del barco ni los pasajeros tenían idea de lo que les preguntaban.

Ajenas a las historias de espías, Paula Amor y sus dos hijas estuvieron entre los 149 pasajeros de primera clase de

7. La primera verdad

Con la temeridad de lo que era, una joven acabada de salir de la adolescencia, la periodista Elena Poniatowska miró sus apuntes y sin darse cuenta que asistía a su bautizo como contadora de verdades escribió: "La primera impresión que da el señor White es una impresión de optimismo. Se ve que cree en la felicidad. Al contrario de muchos que han adoptado caras largas y frases despectivas (será por la influencia del existencialismo) el señor White es todo interés, entusiasmo y grandes deseos de querer mucho".

Si bien el párrafo no tiene nada que ver con las entradas literarias escritas más adelante por la cronista, posee un valor: fue el primer paso en la carrera periodística de Poniatowska, una de las más dilatadas en la historia de la lengua española.

En un coctel en la misión diplomática de Estados Unidos, Paula Amor le comentó al embajador que su hija sabía inglés y quería entrevistarlo. "Venga por aquí mañana", señaló el hombre y horas después le dedicó quince minutos a la inexperta entrevistadora.

La misma Elena reconoció en su nota que el diplomático fue paciente e indulgente ante sus preguntas improvisadas. Fue la primera vez que Poniatowska acudió a la estrategia de dar una impresión de ingenuidad para sacar buenas respuestas de sus interlocutores.

"Pregunté lo primero que se me ocurrió y lo publicaron de inmediato. Eran pro estadounidenses en el *Excélsior*. La

entrevista fue bien recibida y seguí en esto", recuerda Elena, que en 2023 celebró su aniversario setenta como periodista.

Aunque el tema de la pieza, publicada el 27 de mayo de 1953, fue la opinión de White sobre México, lo cual aprovechó el hombre para elogiar al país, la reportera le preguntó sobre un asunto que más adelante se convirtió en su obsesión: la igualdad de la mujer.

"El embajador habló de la emancipación de la mujer en general, el derecho de voto, de su participación en la política y de su capacidad para desempeñar altos cargos con la misma fuerza y constancia de un hombre", dice el escrito titulado "Un hombre optimista: El embajador Mr. White", cuyos primeros dos párrafos fueron publicados en la parte de abajo a la derecha de la portada de sociales y el resto en la página dos, a un costado de una nota sobre un banquete al que asistiría el actor *Cantinflas*.

Después de aquello, Elena entendió que se había metido en un lío. Le pidieron más entrevistas y no sabía cómo continuar.

"Yo tenía un alto grado de inconsciencia. Si hubiera sido alguien que no se atreve o vive en un barrio donde golpean, no hubiera hecho las preguntas que hice. Yo partí de una plataforma alta, sabía tres idiomas y contaba con certezas que otros no tenían", acepta.

La segunda entrevista fue a la cantante portuguesa de fados Amalia Rodrigues. La buscó en su hotel y sin cita previa la abordó. Como el *Excélsior* era un medio respetado, la artista la atendió bien y luego la reportera se propuso publicar una entrevista cada día, y lo consiguió. Algunos trabajos no tenían tanta elaboración, pero le sirvieron como entrenamiento para convertirse más adelante en una entrevistadora de primera fila y en la escritora de ficción que es, con premios en prestigiosos concursos de novela.

"Tenía curiosidad por saber cómo era México, por conocer a Diego Rivera, Alfonso Reyes, Gabriel Figueroa, María Félix, Dolores del Río y a los grandes de la época. Me

8. Una monja polaca

Elena Poniatowska debe ser una de las religiosas de origen polaco más penitentes después del papa Karol Wojtyla, pero su santoral lo componen ídolos de apellidos mundanos: Tolstoi, Woolf, Balzac, McCullers, Borges y Castellanos están entre los principales.

Con Stanislaw Poniatowski, el último rey de Polonia, en la copa de su árbol genealógico, desde joven Elena aborreció los cuentos de princesas con finales felices. Prefirió las historias crudas y para contarlas se convirtió al credo del periodismo, que su amigo Gabriel García Márquez bautizó como el mejor oficio del mundo.

Elena empezó en el periodismo en 1953 con la entrevista a Mr. White en el diario *Excélsior*. En los inicios tenía pocas herramientas, le faltaban lecturas y el dominio del español, aprendido en la calle, aún era pobre. "Ponía los acentos como salero, donde cayeran. Yo creía que escribir era echar acentos, comas, puntos", le confesó Elena a la novelista española Almudena Grandes, en la Feria del libro del Zócalo, en octubre de 2015.

Como entrevistadora, a veces la inocencia provocó buenas respuestas de algunas personalidades, pero otras se enojaron con la simpleza de sus interrogantes, como el pintor Diego Rivera, a quien la mujer le preguntó por sus dientitos de leche y el muralista le aseguró que eran para devorar a polaquitas preguntonas.

Con un realismo como el de la obra de Diego, durante más de siete décadas Poniatowska ha pintado con palabras la vida del México de la calle y también el México cultural y el de los espectáculos. Leer sus libros de entrevistas es acortar la senda para conocer a grandes figuras del país y de Latinoamérica con ricos temas de conversación. Escritores, pintores, escultores, periodistas, arqueólogos, cantantes, actores y actrices se desnudaron ante las preguntas de Elena.

Su condición de religiosa está relacionada con la cuarta acepción de la palabra en el *Diccionario de la lengua española*: "Persona que se confiesa sacramentalmente con un sacerdote". La idea encaja en la manera de trabajar de Elena, pero al revés, porque para ella sus entrevistas son momentos de revelaciones en los que, como los sacerdotes en el confesionario, se concentra en oír.

Es algo que reconoció uno de los intelectuales más lúcidos del país, Juan Villoro, quien en noviembre de 2013 defendió la idea de que el Cervantes de aquel año, entregado a Elena, premió el arte de escuchar. Según Villoro, su influencia en la crónica ha sido decisiva, así que el Cervantes también reconoció la fecunda mezcla de periodismo y literatura.

"La mirada es importante, pero también el oído. Yo soy periodista y oigo, oigo y oigo", me dice Elena.

Como las personas de fe concentradas en el amor al prójimo, la obsesión de Poniatowska consiste en contar las historias de los otros. Maneja tan bien la técnica de la entrevista que, al leerla, uno puede armar un manual del entrevistador. Serían salmos sagrados de su oficio monacal: No interrumpir nunca al entrevistado, asumir que la figura es el otro y no hacerse notar, prepararse hasta con datos insulsos del que está delante y, si se calla, asumir que está a punto de hacer una confesión. Quitar protagonismo a la grabadora y no estar atento a la próxima pregunta, sino a lo que habla el personaje. La atención debe concentrarse en los pequeños detalles, las flores en el escritorio, un grillo en el techo o un colibrí en el jardín. Escuchar, escuchar y volver a escuchar.

9. La vida de los otros

Un montón de años antes de ganar el Premio Cervantes, el poeta José Emilio Pacheco viste de negro con camisa blanca en el asiento de atrás de un taxi. Al término del viaje intenta pagar, pero el chofer le dice: "No me pague, padrecito, mejor deme la bendición". Cree que es un cura.

De ese tipo son las historias que salen de las entrevistas de Elena Poniatowska, una mujer obsesionada con la vida de los otros. La anécdota de José Emilio, cuya veracidad fue puesta en duda tiempo después, la contó Mario Vargas Llosa, cuando recibió a la periodista en París y le reveló secretos del proceso de escritura de sus novelas, como por ejemplo, que no podía trabajar según la inspiración porque le funcionaba más hacerlo con la perseverancia de un carpintero.

Vargas Llosa demoró tres años y medio para escribir *La ciudad y los perros*, Vargas Llosa está aterrado por la posibilidad de ser padre; para ahorrar dinero, Vargas Llosa come mucho pan con paté con su mujer, la tía Julia. Son confesiones que el peruano hace y Elena divulga.

Es una mujer con carisma, que aprendió a inspirar confianza en sus entrevistados. Ante ella Juan Rulfo reconoce ser de chispa retardada, revela sentir remordimientos cuando escribe y luego acepta su gusto por las mujeres, pero más como amigas que como esposas porque el matrimonio es una atadura. El autor de *Pedro Páramo* le confiesa su condición de alpinista con ascensos al Popo, al Izta y al Pico de Orizaba, no

sabe manejar coches y habla de su miedo porque con la edad ha comenzado a olvidar.

Algunos la usaron de paño de lágrimas, como Gabriel García Márquez, quien le contó su sufrimiento porque desde que se inventó la grabadora quieren que diserte sobre todo y a toda hora. "Me piden que opine sobre la minifalda, la bomba atómica, los detergentes y Vietnam. Por eso termino inventando cosas para tener qué decir. Me preguntan si quiero o no quiero a Mercedes; acabo por decir que no, nada, porque llega un momento en que me digo, basta ya", dice el colombiano y uno lo imagina con el rostro rojo a punto de pegar un golpe en la mesa.

Elena agradece la generosidad de sus interlocutores con frases poéticas. De Rufino Tamayo escribe que en sus cuadros los colores cantan como pájaros y el destello irisado de la plumaria prehispánica sobrevive en ellos con renovado esplendor. Tamayo la atiende en su casa. En ella habla de la delgadez y la transparencia de sus primeras obras y reniega de la idea de que un pintor haga promoción de su trabajo: "Un pintor no debe hacerse publicidad de sí mismo. Si se la hacen, ni remedio, pero él no debe provocarla jamás. Es un caso de ética personal y moral".

Como sucede con sus crónicas, las entrevistas de Elena Poniatowska son un túnel que lleva al conocimiento, conocer a personalidades como si estuvieran delante y sentir que es uno quien se toma un café con ellas.

El paraguayo Augusto Roa Bastos, otro premiado con el Cervantes, le aseguró que los escritores, por lo general, son un fracaso cuando se meten en política.

A veces provoca al de enfrente, sin importar si es un símbolo del nivel de *Cantinflas*.

—¿Es cierto que a usted no le gusta la gente morena?

—¿De dónde ha sacado semejante disparate?

—Pues, es que se casó con una güera rusa, Valentina Ivanova, la hermana de Shilinsky, y tiene amigos güeros como mi tío Raoul, al que le dicen el güero Fournier. Y en sus pe-

10. Primera mentira

El embuste originario de Elena Poniatowska fue sobre una niña sin muñecas, con habilidad de enfermera, que un día enyesó las piernas fracturadas de las hormigas, otro le inyectó café negro a un limón con dolores abdominales y en un atardecer atendió a un plátano aquejado de gota.

A los veintiún años, después de terminar sus jornadas como periodista, dedicaba un rato a escribir sin segundas intenciones. Cada noche agregaba cuartillas a mano en una libreta, hasta que el ejercicio lúdico se convirtió en un libro, *Lilus Kikus*, el primero de ficción de la que después fue una de las escritoras más reconocidas de América Latina.

—¿Cómo se planteó esa novela?

—No me la planteé, simplemente tenía una libreta, una pluma y empecé, sin pensar en publicar. A mí me gustaba escribir después de trabajar; lo hice con gusto, una o dos páginas cada día.

Al hablar de Lilus, la protagonista de la novela, Elena se transforma en una niña de más de noventa años. La alegría disminuye los pliegues de su rostro y sus ojos muestran el tic que le da a las colegialas de siete años, si les piden hablar de su dibujo premiado en la clase de pintura de la escuela.

—Hay un aroma a realismo mágico en ese libro —sugiero.

—Sí, hay algo de eso, aunque en la época en que lo escribí aún no aparecía *Cien años de soledad*, de García Márquez.

La novela, de sesenta y dos páginas, está dividida en una docena de capítulos cortos. En dependencia de la mirada del lector, la obra puede verse como un volumen para niños, o como un juego literario para desvelar el sentimiento de orfandad que implica convertirse en adulto.

En 1967 Juan Rulfo, tal vez el más grande escritor mexicano, calificó a *Lilus Kikus* como el libro de sueños de una niña para quien la vida retoñó demasiado pronto. "Lilus sabía poner orden en el mundo, solo con estarse quieta, sentada en la escalera espiral de su imaginación, donde sucedían las cosas más asombrosas, mientras con los ojos miraba cómo se esfumaba el rocío y un gato se mordía la cola o crecía la sonrisa de la primavera", comentó el autor de *Pedro Páramo*.

Además de estrenarla como autora de ficción, la obra le abrió a Poniatowska las puertas de la casa de la pintora Leonora Carrington, quien ilustró el libro, y después tejió estrechos lazos con la escritora y le contó su vida, recreada por la novelista en su obra *Leonora*. "Le pregunté si le gustaría hacer los dibujos, me respondió que le dejara el libro. Luego sonrió y me dijo, *I'll do it*", recuerda Elena.

La periodista escribió *Lilus Kikus* cuando contaba con poca experiencia. Después leyó, estudió, vivió y se consagró como una novelista de primera fila. Ganó numerosos premios, pero sobre todo recreó en sus libros la vida de personalidades y de épocas.

En *Hasta no verte Jesús mío*, premio Mazatlán de 1971, contó una historia de alto valor humano a partir de la soldadera que en el libro se llama Jesusa Palancares; con *Tinísima*, acerca de la fotógrafa comunista Tina Modotti, volvió a llevarse el Mazatlán, en 1993; con *La piel del cielo*, que recrea la vida del astrofísico Guillermo Haro, su esposo, conquistó el Alfaguara de 2001; con *El tren pasa primero* se hizo del premio Rómulo Gallegos de 2007, y con *Leonora* ganó el Seix Barral de 2011. Otras ficciones que se pasean entre lo mejor de la obra de la mexicana son *La Flor de Lis*, publicada en 1988, en la que recrea su niñez; *Paseo de la Reforma*, que vio la luz en 1996,

11. Verdades amargas

La mayor ironía en los más de noventa años de vida de Elena Poniatowska es que presume su condición de mujer honesta, aunque desde 1954 ha sido una mentirosa profesional, inventora de historias luego convertidas en novelas o cuentos.

Su obsesión por decir la verdad es tan a rajatabla que de niña, al pasar la frontera de Francia a España para emigrar a México, delató a su madre ante la policía. Paula Amor declaró en la aduana solo una parte de su dinero; acto seguido Elena sugirió al inspector buscar en una azucarera dentro del equipaje, donde encontró una suma adicional.

"Siempre tuve afán de decir la verdad", reconoce la narradora, que a los veintidós años escribió *Lilus Kikus*, el libro cuya protagonista es una niña aventurera, y a partir de ahí combinó la verdad de su periodismo con el embuste de sus obras de ficción.

Las entrevistas de Elena constituyen un material de riqueza cultural; al leerlas, se puede entender la vida de México y sus personalidades.

Aunque al principio las preparaba mal, pronto adquirió conciencia de la importancia de informarse lo mejor posible sobre los entrevistados y así provocó respuestas brillantes de políticos, actores, actrices, cineastas y novelistas.

Otra cosa son sus novelas, que si bien partieron de hechos reales, son verdades a medias, sazonadas con historias de ficción.